

9-16-2019

Lo que pronto desaparecerá

Alejandro Lorenzo

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Lorenzo, Alejandro. 2019. Lo que pronto desaparecerá. *Revista Surco Sur*, Vol. 9: Iss. 12, 5-6.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.9.12.1>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol9/iss12/2>

This POESÍA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in *Revista Surco Sur* by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Alejandro Lorenzo

POESÍA
POESÍA

Lo que pronto desaparecerá

No existe el mercado donde se enamoraban los escolares
Y el padre levantaba sacos de peces
y el sol alumbraba los tomates
en las cestas tejidas por invencibles ancianas.
El mercado abría las puertas al amanecer.
Los tenderos salían a encender sus pipas,
y el humo invadía los portales,
y penetraba por las ventanas
para quedar suspendido
en ondulante danza frente a nuestras camas.

Los mercaderes con sus relucientes mostradores no arruinaron al pueblo.
Hubo roncadas voces, cantos interminables, carbón humeante.
Yerba buena en las axilas, albahaca de la fortuna.

Antes de dormir, mi familia compraba camarones secos
a los chinos que tenían mujeres hermosas.
Cena de media noche. Silenciosa, íntima.
Hora que aprovechábamos para leer el periódico,
especialmente aquella página
donde capturaban a los espías
que para simular su labor
solían empinar cometas en los tejados.

Hubo una tienda nombrada el Talismán,
templo de confituras y cabezas inclinadas
El dueño era conocedor de las artes dramáticas
de lo que se valía para hacer prosperar el negocio.
Por él adquirí las postales donde los héroes
en la aventura del amor vencían a la adversidad.
Adyacente nació un bodegón espacioso
donde no caía la lluvia
y siempre quedaba dimensión para atesorar un sueño.
Allí se jugaba al cubilete sin alzar las miradas,
ni preocuparse si los dados
eran la mejor oportunidad para repetir
otros juegos perdidos en la infancia.
No eran holgazanes los hombres de antaño.
Noche tras noche los veía partir hacia los mataderos
con polainas de plata y cuchillos afilados.
Allí les martillaban las cabezas a los toros
y estos vomitaban una espuma gris que manchaba la ropa.
Sudaban como estibadores del verano
y sus venas parecían reventar



Obra de Yeilem García Bázquez



Obra de Yeilem García Bárzaga

cuando cargaban las rosadas piernas de aquel ganado.
 Robles forjados en la humilde cotidianidad
 que estaba más allá de cualquier consigna.
 Ellos desaparecieron como el viento de cuaresma
 esparce el gozo que hay en las hojas
 cuando caen del frondoso árbol.

Estoy solo con el dulce y amargo recordar de todo aquello.
 Muy poco prevalece.
 Apenas hay reliquias que alienten a un abrazo.
 Las turbas lavaron el pasado,
 y ningún significado alcanza a ser perdurable.

Soy un huésped temporal en lo que fue mi hogar.
 En la madrugada los gallos que serán sacrificados, me despiertan.
 He quedado con tres copas de bacará
 que han sobrevivido sobre la mesa de roble.
 El cuadro del Sagrado aun cuelga en la pared,
 y nadie de mis descendientes han leído los libros de ese profeta,
 y una lámpara que acumula el polvo de otras épocas
 me alegra saber que todavía sus lágrimas
 suenan cuando la roza el viento.

Vuelvo a las ruinas porque formo parte de esas piedras.
 En el retorno hay que ponerse una máscara
 para que no te vean llorar.
 Ya no soy lo que fui,
 ni seré lo que aspiraba a ser.

Con humildad y pavor soporto el zumbido de las moscas
 que giran en círculo sobre la basura apilada.
 Y en el parque de mi niñez
 un framboyán a punto de desplomarse me pregunta
 ¿quién soy, de dónde vengo, por qué tal amargura en el rostro,
 cuáles son las razones del silencio que me envuelve?
 Ha habido mucho dolor,
 ha habido muchas lágrimas,
 debía responderle, pero callo.